

*Una familia de cuentistas*, de José García Caneiro

No hay que perder mucho tiempo en sesudas reflexiones para afirmar que la singularidad de una editorial es el resultado de dar a la luz un buen número de libros verdaderamente singulares. Por la misma razón, no hay que ser muy perspicaz para constatar que Ediciones de la Discreta es una editorial singular en todas sus colecciones, en todos sus títulos y en todos los tramos de su historia, breve pero suficientemente acreditada. Tampoco hay que desarrollar una argumentación demasiado compleja para sostener que el riesgo de apartarse de lo convencional –suponiendo que sea un riesgo y no una fortaleza– se ve compensado con creces con la impagable ventaja de preservar la bendita independencia de criterios, entre otras formas igualmente impagables de la independencia.

Por eso, una vez más, Ediciones de la Discreta premia a sus lectores con un libro singular tanto por sus personajes como por su estilo: *Una familia de cuentistas*, de José García Caneiro. Cuento a cuento, y a lo largo de sus páginas, que saben a poco, el lector se resiente por la trascendencia misteriosa y un punto vindicativa del Peregrino (las mayúsculas no son casuales), y por la relación cercenada –carnal, literalmente cercenada– de Saturnino y Almeida, principales personajes de “Los tres guerrilleros”, cuento cuyo final, debo decirlo, me ha dejado sinceramente desazonado.

El lector también entiende fácilmente la singular indisposición de naturaleza telúrica que sufre doña Ponciana, de cuya mano se descubre que una de las causas más claras de una colitis (dispensando) puede ser la inminencia del desarraigo. A esto un gallego –y los gallegos lo somos de primera o segunda generación, si no más– como José García Caneiro lo llama morriña, que ya implica la conciencia interiorizada y dolorida del desarraigo; de

ahí que sea especialmente original asomarse a su nacimiento antes de abandonar la tierra, porque lo que puede doler antes dolerá mucho más después. Mucho más.

¿Y qué decir de la perentoria fama del flamante casco de coracero, marcialmente soportada por la épica cabeza del coronel Pierre Ulises Madunga, comandante en jefe del rey de Tuacholandia y por fin humillada por las micciones del gran jefe rebelde Jethromo? He aquí una metáfora de la fragilidad de los hombres y las cosas, hoy bendecidos por la gloria y mañana mancillados por las deyecciones o directamente destruidos, como el Fuerte Tuneidia y la baliza de Sidi Maula, volados como consecuencia de la negligente incredulidad del bueno de Marchent, escamado por tantas novatadas. Más liviano resulta el trance del narrador, portavoz de la hilarante imaginación de García Caneiro en el último cuento de la serie, metido a decorador de interiores quizá por amor, y quizá muy a pesar de él mismo, como casi todos los varones enamoradamente sometidos (y cómo no) a sus mujeres.

Y puestos a dar algunas pinceladas significativas del estilo, *Una familia de cuentistas* resulta ser un librito de muy grata lectura, breve y estimulante, salpimentado por la innegable galleguidad de su autor –sólo así se entienden palabras como *lóstrego*, *lareira* o *morriñento*, entre otras– y de momentos tan brillantes como el que refleja el magistral uso del paréntesis con valor de aposición en las descripciones que, hablando en primera persona, expresa el ya mencionado casco de coracero. Vaya cuanto antes a comprobarlo el lector interesado a la página 55, que yo no quiero ni puedo elegir un ejemplo, y vea el lector (interesado a buen seguro si ha elegido empezar su lectura por esa página, o por cualquier otra) cómo urge que José García Caneiro publique ya un libro de poesía.

Santiago López Navia